



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM. 10377

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11 25 id.—La suscripción se contará desde 1.º de cada mes.—La correspondencia a la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

SABADO 6 DE JUNIO DE 1896

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

MAQUINAS Y HERRAMIENTAS

Para las minas, las fundiciones, obras públicas y para la agricultura.

Arados de doble vertedera, Bombas de gran rendimiento, Máquinas para pánades, Norias especiales.

Especialidad en calderas y máquinas de vapor, cables de abaco y metálicos, vía férrea con sus wagonetas, plataformas y demás accesorios, correas, etcétera, etcétera.

Básculas y Cajas para caudales. Excepcionales referencias sobre la bondad de nuestros artículos.

CAMILO PEREZ LURBE

12. CASTELLINI 12.

Véase anuncio MODA Y ARTE en la tercera plana

ALARDES PATRIÓTICOS

Hablábamos hace días del entusiasmo que la causa de la nación levanta entre los españoles residentes en las repúblicas americanas, y dedicábamos nuestros elogios a los que, emigrando un día de la madre patria, fueron a establecerse en país extranjero, buscando los medios de vivir que les negaba el pedazo de tierra que les vió nacer.

A ese entusiasmo, al sentimiento patriótico que vibra en los corazones de los españoles de la Argentina y Méjico sera en breve deudora la nación de poseer dos nuevos barcos para su marina de guerra. El uno ya está en quilla; el otro no tardará en estarlo.

Esta preferencia que muestran los españoles por los buques, indica donde está nuestro punto flaco. Le faltan barcos a la nación y a procurárselos se dirigen los esfuerzos de sus hijos.

La labor es grandiosa, y al par que establece una saludable emulación entre los habitantes de las distintas regiones españolas, nos levanta a grande altura a los ojos del extranjero.

La labor admirable del patriotismo español viene a ser continuada ahora por los laboriosos catalanes. Con desprendimiento que les honra; obediendo impulsos de sentimientos nobilísimos, van a adquirir para la marina nacional un buque, no un torpedero ni un crucero de segunda, sino un potente acorazado, que vale muchos millones de pesetas.

La noticia ha llenado de admiración al resto de España y ha despertado en algunas regiones el deseo de hacer algo semejante.

Muy justa es la admiración que han despertado los catalanes. Gravadas con impuestos crecidos y numerosos las decadentes industrias que dedican sus actividades; arruinados los negocios y sufriendo el comercio las consecuencias del terrible golpe que le ha asestado la insurrección cubana, aun encuentran ese comercio y aquellas industrias el medio de reunir diez y siete millones de pesetas para poner bajo la bandera de España uno de los acorazados que se construyen en los astilleros genoveses.

Gente práctica la catalana, ha prescindido de meetings previos y de discursos de propaganda y de suscripciones patrióticas, que a nada habían de conducir tratándose de una cantidad tan grande; y haciendo una combinación como suya, va derecha a su objetivo para realizarlo en breve tiempo.

La comisión de Marina que se encuentra en Génova examinando los buques que han sido ofrecidos a nuestro gobierno, habra recibido ya la orden de adquirir uno por cuenta del comercio catalán en diez y siete millones de pesetas. Si la compra se verifica, el buque construido en los astilleros genoveses llevará el nombre del genovés ilustre que descubrió la América por España, y servirá para conservarnos lo único que nos queda de aquellos descubrimientos: las Antillas.

Bien hayan los hijos de Cataluña, que, no obstante su exagerado regionalismo, saben sacrificarse en aras de la patria grande.

CRÓNICA INTERNACIONAL

(DE NUESTRO SERVICIO ESPECIAL)

Los sucesos últimamente acaecidos en la isla de Creta, de que ya suponeramos enterados a nuestros lectores, forman una de las actualidades de la política internacional por la importancia que encierran para la resolución del tan debatido problema de Oriente.

Los otomanos creyentes de Mahoma ocasionaron con sus crueles y sangrientos excesos en la Armenia que las grandes potencias tomarán la protección de los cristianos, para quienes eran todos los furros de los turcos; hoy con análogas y brutales rabias metieron nueva manifestación de las escuadras europeas en las aguas del archipiélago griego.

Estos acontecimientos revolucionarios nunca dormidos entre Grecia, la antigua sierva, y Turquía la vetusta soberana. Justo es consignar que entre la política helénica y la turca es siempre preferible la primera, más noble y leal, más culta y humanitaria.

Grecia deplora los tristes sucesos de Creta; pero deja toda la responsabilidad a la Sublime Puerta, que contra la obligación, como resultado de la guerra de Oriente, por medio del *Hatte hayun* ó decreto sobre los cristianos, de respetar sus vidas y derechos, que dando ambas cosas bajo la salvaguardia de las potencias europeas.

Si grande fué en una época el poderío del Imperio Otomano que necesitó que los genios de Huniade, Matias Corvino, Juan de Austria, Sobieski... atajaran sus progresos dominadores y pujantes, es lo cierto que con el levantamiento del sitio de Viena comienza su decadencia, vienen sus derrotas en el extranjero, y con la anárquica milicia de los genizaros se inicia un período agónico que aún le dura, sin que le salvara la entereza del sultán Mohamed II.

Vese pues, que su situación actual no es en verdad muy satisfactoria; el imperio en el siglo XV tan rico, poderoso y floreciente, debe su vida hoy a las garantías que le dan las bayonetas europeas; y esta garantía es la que perderá con daño suyo si persiste en romper los pactos que como el referente a los cristianos tiene celebrado.

Muy astuta y sagaz es la diplomacia turca, y así como con promesas difícu-

to mucho y retardó más la acción de las potencias cuando los sucesos de la Armenia; pero de nada valdrán las argucias ni sutilezas orientales contra las ansias de unos pueblos sedientos de tierras y poderío. Inglaterra busca expansión colonial; y si se le presenta ocasión, hará lo posible por lograrla, no obstante lo obstinada que se encuentra en Alto Nilo; igual Rusia; idénticamente Francia, Alemania... ¿a qué seguir? Con tales avaricias, malas consejeras de la paz, va ganando muy poco el sultán Abdul Hamid II si no reprime severa y formalmente la lucha sangrienta entre cristianos y musulmanes que clama contra el precepto de humanidad.

La Grecia es un estado de origen reciente. Comenzó la insurrección de los griegos contra el Imperio Otomano en 1821; en 1827 se estipuló por Rusia, Inglaterra y Francia interponer su intervención entre las partes beligerantes. Turquía no aceptó el armisticio, y las escuadras de estas tres potencias destruyeron la turca egipcia el 19 de Octubre del mismo año en el puerto de Navarino, dando esta victoria por resultado la constitución de la Grecia moderna.

Con estos datos históricos juzgue el lector si la Grecia no se habrá lavado con gusto las manos en los sucesos de Creta, y se regocijará poco si Turquía tiene por ellos un disgusto.

CH. BOPHEX.

Madrid 7 Junio de 1896.

COLABORACION INEDITA

EL PREMIO DE UN SACRIFICIO

CUENTO

¡Qué infeliz era aquel muchacho! Parecía que la desgracia le perseguía por doquier. El pobre Enrique, que así se llamaba, había quedado huérfano, — una de sus últimas desventuras — perdiendo con su madre a la única persona, que según él decía, le miraba con buenos ojos. — con aquellos que solo las madres saben mirar a sus hijos — le consolaba en sus tristezas, y no digo que se regocijaba en sus alegrías, porque fueron tan pocas las que tuvo en vida de la que le dio el ser, que muy pocas veces tuvo motivo para alegrarse por ver contento a su hijo.

Allá en el pueblo le llamaban «El inútil»: la naturaleza se había mostrado muy poco pródiga y generosa para con él, dando a su figura y a su persona un aspecto casi ridículo; los demás muchachos le hacían continuamente burla, diciendo que no servía para nada; y entre las mozas no era tampoco muy afortunado, pues a una de ellas que en cierta ocasión le había dirigido sus requiebros amorosos, le dió por respuesta — como vulgarmente se dice — con la puerta en las narices, inofendose con risa tan burlesca, que al pobre muchacho se le quitaron por entonces las ganas de volver a dirigirse a ninguna de ellas con semejante pretensión.

Sin embargo, bajo aquella figura tan poco simpática, bajo aquel cuerpo débil y enfermizo, se encerraba un alma grande, noble y generosa.

Estaba ya por casualidad en el pueblo con un amigo mío, a pasar en su compañía una temporada. Un día, después de una mañana encaminada y culturosa, allá, por la hora de la siesta, comenzó a verse a ver en el horizonte grandes nubarrones, de esos que tan a menudo se presentan en el verano, y que siempre suelen ser anunciadores de una gran tormenta.

En efecto, ésta no se hizo esperar mucho; al poco tiempo se desencadenó con

tal furia, que era imposible transitar por aquellas calles convertidas en ríos.

Yo bien me acordó. Estaba en una habitación con mi amigo y con su madre, y entre los dos, sacando fuerzas de flaqueza, le prestábamos a ella algún valor, del cual, a decir verdad, no estábamos tampoco muy sobrados: ¡tal era de formidable y aterrador el tableteo del trueno! Al cabo de un rato, y habiendo pasado algún tanto la tormenta, oímos que por la calle se percibía mucha confusión y vocerío. Alarmados, nos asomamos a la puerta, y a uno de los que por allí pasaban le preguntamos la causa de todo aquello.

— ¡Ha caído un rayo en una casa, y está ardiendo casi toda!

No dijo más; continuó su interrumpida carrera, y nosotros, sin darnos razón de lo que hacíamos, nos mezclamos entre todos, y fuimos a ver qué era lo que en realidad sucedía.

Cuando llegamos al sitio de la catástrofe, una multitud invadía las afueras de la casa, la cual, convertida la mayor parte de ella en inmensa hoguera, presentaba, a la vez, un aspecto majestuoso y aterrador. Aún se hacía todo aquello más imponente, porque dentro de la casa se encontraban tres personas, las cuales no daban señales de vida: una joven de diez y seis años y dos niños hermanitos suyos.

Todos los que allí nos encontrábamos nos hacíamos las preguntas: ¿Qué será de ellos? ¿Habrán muerto? ¿Vivirán aún?... Pero ninguno éramos lo bastante atrevido para pasar dentro y salvarlos, en caso de que todavía viviesen.

De pronto vemos que un joven, abriéndose paso por entre la multitud, penetra por entre aquellas llamas y aquel humo que asfixiaba, despreciando completamente su vida.

Un grito de horror se escapó de los labios de los que solamente hacíamos el papel de espectadores, y oíase decir a unos y otros:

— ¡Eso es una temeridad! — ¡Va a morir abrasado!

No duró mucho nuestra duda; al poco tiempo vimos a este heroico joven, que no era otro sino Enrique, aparecer del todo estropeado y con algunas quemaduras en el rostro y manos, por un balcón, y lleno de alegría exclamó:

— ¡Viven, viven todavía! ¡Solo están desmayados! ¡El fuego no ha llegado todavía a donde ellos están! ¡Yo los salvaré!

Y en efecto, aquel joven que llamaban «El Inútil», lo vimos que poco después salía a la calle llevando en sus brazos a una mujer desmayada, de la cual hizo entrega a mi amigo, y él volvió a introducir en la casa, para al poco rato aparecer radiante de gozo con aquellos dos niños que todavía quedaban en ella.

Cuando la joven arrojada al furor de las llamas, que era a la que Enrique se había dirigido un día para pedirle relaciones amorosas, supo quien había sido su salvador, le preguntó, qué era lo que deseaba en pago de su sacrificio.

Quiero — le dijo él — que si alguna vez deseara habitar contigo, hagas lo posible por escucharme como a otro cualquiera, y no me des por respuesta con la puerta en las narices.

Juan José Gómez Salcedo.

(Prohibida la reproducción.)

Los cruceros italianos

Desde los días y de dice nada la comisión de Marina que fue a Génova para ver de adquirir unos cruceros.

Nos ofrecieron dos; se examinaron y

resultaron buenos, y aquí acaba la historia.

Dijo la prensa que sería adquirido uno por cuenta del gobierno y en eso estamos; pero ni el gobierno se mueve a nada ni la comisión vuelve ni se sabe una palabra del asunto.

Y vale la pena saber lo que hay de los cruceros, por que nos hacen falta, mucha falta.

El ministro de Marina bien quisiera comprarlos, aunque fueran más de diez, pero en alguna parte se estroja su buena voluntad.

El fue el que recibió la oferta; él, el que aconsejó la inspección de los buques; él, el que nombró a la comisión y le recomendó la brevedad en los tratos, después que aquella dijo que eran buenos los buques.

Sin duda le pareció malo al gobierno lo que le pareció bueno al Sr. Borlanger; pero el ministro de Marina lleva buena campaña en la cuestión presente, porque con su pensamiento y sus deseos están los del país, como lo prueba el comercio de Barcelona al querer comprar uno de los barcos ofrecidos al gobierno.

¿Qué pasa en el asunto? Si no tenemos bastantes buques y se nos ofrecen los que nos faltan ¿qué hemos de pensar si no se compran?

¿Son deficientes? La comisión ha dicho que son mejorables.

¿Son caros? Pues que lo sean. Lo son desde luego. Pero las cosas valen según las circunstancias en que se necesitan.

Un millón de pesetas pagado demás en la compra de un buque equivale a un día de guerra. Si pudiéramos gastar doscientos millones en Marina se acabaría la insurrección porque no habría quien alimentara desde fuera.

Esto es evidente; pero por desgracia, parece que la evidencia nos ofusca y nos hace cerrar los ojos impiéndonos ver las cosas como son.

EL GENERAL BERRERO

El lance pendiente entre los generales Borrero y Martínez Campos ha despertado la curiosidad pública respecto a lo que han sido y son los actores de ese drama que desde hace cuatro días tienen monopolizada la atención de las gentes.

El general Martínez Campos es sobradamente conocido; los cargos que ha desempeñado desde que acabó las guerras del Norte y separación de Cataluña en la guerra de tal modo que nunca ha estado oculta a los ojos de sus compatriotas.

El general Borrero tiene también historia larga; pero sus hechos principales los ha borrado el tiempo en la memoria y a recordarlos se examinan las siguientes líneas que publicó hace tres años «El Correo de Valencia» y que hoy reproduce dicho periódico:

«Como el general Borrero es hombre accesible para todo el mundo, no necesita, el que quiera llegar hasta él, recomendaciones ni solicitudes muy apremiantes. Podéis llamar a las puertas de su casa, un modesto estrechete de la calle de Campanarios, en la seguridad de que os serán recibidos en cualquier día».

Ya en el despacho, el primero que llamará a las puertas de la sencillez con que vive el Ministro y héroe italiano.

Allí, sentado de ordinario en uno de aquellas butacas, leyendo periódicos o está solo, ó manteniendo franca y animada conversación con sus visitantes, veréis a un hombre de aspecto agradable y simpático, de ojos vivos y penetrantes, algo enjuto de carnes, pero más bien que algo, y secol de compleción, aunque con apariencias de ende-